

Artistas y estrellas

En la época que Hollywood se convirtió en la gran fábrica de los sueños del mundo entero, de indiscretos chismes que aparecían en diarios y revistas de todas las latitudes y en sede de una poderosa industria que invertía millones de dólares y producía más millones, se acuñó la palabra "estrella" para referirse a esos artistas que contaban con el fervor popular.

El artista convertido en estrella ganó un sitio de privilegio en la sociedad. De marginado pasó a ser aceptado; de sospechoso se convirtió en ídolo; de contar con un discreto nivel de entradas, llegó a ser un millonario.

Pero, bien lo sabemos, ninguna ganancia es gratuita. En su tránsito al estrellato el artista perdió independencia y poder creativo. Convertido en sujeto de inversión y de especulación, la estrella no corre el riesgo inherente a la actividad artística de aventurarse por nuevos e ignorados senderos que pueden, ocasionalmente, llevarlo al fracaso. Limitado su poder creativo, se atiene a repetir o perfeccionar lo que ha probado ser exitoso. Es el resultado lógico del maridaje entre el arte y la industria; la creación y la producción masiva; eso que se llama talento y eso que se llama dinero.

El estrellato artístico, si bien nació con la industria cinematográfica, se extendió a otras artes. Hay estrellas en el campo musical entre intérpretes, cantantes y directores de orquesta; hay estrellas que son artistas plásticos, pintores o escultores; hay estrellas de la danza y su presencia en nuestra civilización altamente tecnificada ha significado, por cierto, una mayor difusión y apreciación de las actividades artísticas.

Disponemos sólo de las cifras que representan esta extensión en los Estados Unidos, pero, a ojo de buen varón, podría pensarse que una expansión similar se ha operado en otros países desarrollados e, incluso, en aquellos que los economistas llaman, eufemísticamente, en vía de desarrollo. En el decenio comprendido entre 1965 y 1975 en los Estados Unidos se dobló el número de orquestas sinfónicas profesionales; el número de los profesionales del teatro se cuadruplicó, se quintuplicó el número de organismos que, a diferentes niveles, se dedican a la promo-

ción artística, al paso que las compañías de ballet se multiplicaron por siete.

No es aventurado llegar a la conclusión de que este espectacular desarrollo de la actividad norteamericana en el campo de las artes se debe a la presencia de las estrellas que, manipuladas comercialmente, han logrado ser vendidas a la gran masa de la población.

Nada tiene de reparable este hecho. Por el contrario, nos parece plausible. Pero es sugerente que las mismas estadísticas demuestran que, al ingresar el artista en forma de estrella al mercado popular, ha disminuido la experimentación en el mismo campo y la educación universitaria en esta materia tiende sólo a formar profesionales que satisfagan la demanda popular creciente.

Recuerdo que en alguna oportunidad le escuché decir a don Domingo Santa Cruz, cuya vida entera ha dedicado a la difusión de la música en este país, que, por mucho que se pretendiera lo contrario, el arte es esencialmente elitario. Siempre ha sido así, por lo demás. Y aún el llamado arte popular representa una forma de expresión de una élite de ciertos estratos sociales que interesa a un reducido número de la población. Ese arte popular también tiene —en la escala correspondiente— sus propias estrellas, como es perfectamente apreciable en una visita a Pomaire y ver que las artesanas más favorecidas y, consecuentemente, de mayores ingresos, producen su arte cerámico popular en serie para beneplácito del turista nacional o extranjero que les compra.

Si el artista estrella es importante en la difusión de un arte establecido, más importante es la presencia del artista creador que experimenta, busca y ensaya para encontrar nuevas formas de expresar no sólo lo bello, sino el mundo que lo rodea en toda su compleja realidad. Lamentablemente, él no es una buena inversión; su talento no es industrializable y el gran público masivo no se interesa en él. Sin embargo, en su marginada, oscura y pobre labor está construyendo a futuras "fulgurantes estrellas en el firmamento artístico", como suelen decir y escribir por ahí algunos promotores de la vida cultural.

PARTIQUINO